

Nota introductoria

Jean Malaquais (Varsovia 1908 – Ginebra 1998), nacido Vladimir Malacki en Polonia, llega a París donde con el seudónimo de Malaquais gana en 1939, el premio Renaudot (de la importancia del Goncourt) con *Les Javanais*, novela autobiográfica, con una prosa descarnada y libre, que relata las vicisitudes, en una mina de plata cerca de Marsella, de una serie de apátridas, desheredados, sin papeles ni porvenir, llegados desde todas las tierras del mundo. Así se daba a conocer como escritor este militante en la izquierda comunista.

En 1936, en el auge de la revolución española, llega a Barcelona, en contacto con las milicias del POUM, pero debe regresar a Francia denunciado como “agente fascista” por los estalinistas. Vive en la miseria en París hasta que es ayudado por André Gide, con el que había entrado en contacto por una correspondencia sobre el oficio de escribir según la clase social. Capturado por los alemanes durante la invasión de 1940, logra escapar y llega en 1941 a Marsella con su compañera Galy.

En Marsella habían ido a parar los intelectuales y militantes perseguidos por el régimen de Vichy, como Bréton, Péret, Victor Serge, Marc Chirik... Malaquais escribe sobre estos días cómplices con la ocupación alemana que los franceses quieren olvidar, lo que publicará en 1947, con *Planète sans visa*.

Como sus compañeros, logra escapar de Marsella, y vía Cádiz, Venezuela y México llega a Nueva York. Allí conoce a Norman Mailer del que traducirá su novela *Los Nudos y los Muertos*. En Nueva York escribe *Journal de guerre* y en 1944 edita ***Coups de barre***, siete relatos cortos sobre personajes nómadas. El primero de estos relatos es el que aquí publicamos.

Acabada la guerra vuelve a París, escribe *Le Gaffeur* (1953) y milita en distintas agrupaciones de la izquierda comunista. Colabora con Maximilien Rubel en la traducción de Marx para la Pléiade, y con Ngo Van, Rubel, Agustín Rodríguez, Lambert y otros anima los *Cahiers de discussion pour le socialisme des conseils*. En 1980 se establece en Ginebra con su compañera Elisabeth, donde muere en 1998, trabajando siempre, hasta el último día, en sus libros *Planete sans visa* y *Les Javanais*.

EL RELOJ

JEAN MALAQUAIS

Llevaba ya tres meses dejándome la piel en esta mina de plata, a seiscientos metros de profundidad. Era la más infecta y ruinosa de todas las explotaciones mineras, uno de estos pozos largo tiempo abandonados y que finalmente se adjudicó, por cuatro duros, una de esas compañías que andan husmeando gangas. La compañía era inglesa y conocía bien el negocio: carpintería, cubiertas, detonadores, ventilación, los más elementales trabajos de mantenimiento – podía decirse que nada de todo esto llegaba al nivel de sus conocimientos.

Se trataba de exprimir, de arrancar como si se tratara de las raíces de una muela, a lo largo de jornadas de diez penosas horas y con el aliento del capataz pegado al cogote, los pocos filones de plomo que quedaban en las entrañas de la tierra.

Nos alojábamos en barracones contruidos con planchas de abeto mal ensambladas; las ranuras de la anchura de un dedo, hacían como de espumaderas de la lluvia y del viento. Ni agua, ni electricidad, ni nada que se pareciera a un hornillo; un camastro a la altura de suelo hacía las veces de una cama. La paja para la litera había que ir a buscarla a una casa de campo que estaba lejos, por lo menos a una hora a pie. Los campamentos de barracas estaban divididos en cuartos; dos o seis individuos por habitación, separados por tabiques casi transparentes, en cada cuarto se alojaba una familia o un grupo de obreros. Éramos doscientos o doscientos cincuenta con mujeres y los niños. Austriacos y rusos, checos y polacos, armenios y árabes, italianos y húngaros. Y un francés, solo uno.

El campamento se hallaba a unos diez kilómetros de la mina. Lo habían construido en un enclave de tierra arenosa, ocupado anteriormente por una antigua fundición que se había ido a la ruina y en la que, por puro prodigio de armonía, solo la chimenea se mantenía en pie. Esta chimenea nos servía de referencia, como una especie de vigía, cuando, de regreso del pueblo, utilizábamos los atajos a través de los arbustos. A las seis y veinte de la mañana, una especie de pequeño tren se presentaba en el límite del campamento, rasgando el alba con un ribete de silbidos. Se pasaba diez largos minutos silbando como si estuviera sordo, con un único soplo interminable. No era el caso de quedarse apoltronado en la cama si uno quería ganarse el jornal. Unos instantes antes de las seis y media, mientras esta especie de tetera que hacía las veces de locomotora lanzaba su último silbido como una batería, doscientos hombres con el macuto colgando, corrían por la pendiente de grava para tomar al asalto el convoy que se tambaleaba con lentos tirones. Nunca había sitio suficiente para todos en las banquetas, así que cada uno se instalaba como podía, en los topes, en las barras de unión, en los estribos, colgando por todas partes, agarrados a cualquier cosa que serpenteara, trepidara, ondulara, tambaleara y exhalara todos los vapores del purgatorio. La excursión duraba una media hora.

En el momento en que llegaba al vestíbulo de la mina bajábamos todos y, siguiendo una cola, entrábamos en un despacho en el que detrás de una tambaleante mesa se pavoneaba un viejo individuo duro de oído que marcaba la tarjeta de cada uno con una cruz. Nos proveíamos del pico, de la pala, de la lámpara de carburo y nos dirigíamos a coger el ascensor, una larga galería nos conducía hasta él. Antes de que llegara la cabina encendíamos ya las lámparas –viejos trastos bollados que era imposible saber a cuántas generaciones de mineros habían prestado servicio antes. Nuestras lámparas olían mal, resoplaban, perdían líquido y se apagaban casi a cada hora de tal manera que, a menudo, había que desenroscar el tapón y echar una pequeña meada dentro. Era todo un espectáculo porque había que mear despacio y no vaciar la vejiga de golpe. En el tajo donde yo trabajaba tenía como compañero a un mequetrefe armenio, un delicado hombrecito que sin embargo tenía una extraordinaria capacidad vesical a la vez que era servicial como nadie... con él no corrías ningún riesgo de quedarte a oscuras, siempre estaba hinchado, dispuesto a rellenarte el quinqué con una sonrisa en los labios.

El ascensor estaba dividido en tres compartimientos superpuestos, suficientemente grande como para albergar a dos hileras de tres hombres agachados. Iba todo bien mientras la mecánica no fallaba. Desahuciado como estaba, descendía como una piedra en el vacío, desplazando el aire como un pistón dentro del cilindro, cortando la respiración; aunque todos estábamos ya habituados a este ejercicio diario de respiración, cada vez que bajábamos, el corazón se nos subía a la garganta. A unos veinte metros antes de llegar al final, la cabina frenaba bruscamente, pero en cuanto llegaba al suelo se paraba de golpe, completamente bloqueada en el fondo. Recibíamos una buena sacudida en los riñones porque, aunque estábamos atentos a la frenada, esto no nos impedía de pegarnos la nariz

contra las rodillas. Pero cuando la mecánica no funcionaba, y esto ocurría dos o tres veces por semana, teníamos que hacer los seiscientos metros a pie, tanto para subir como para bajar. Era un buen trabajo, como si se tratara de la alta montaña pero por debajo del nivel del mar. Cargados con nuestros utensilios, la lámpara encendida y el macuto colgando, escalábamos en fila india unos escalones fijados en la pared de un pozo perpendicular, acuoso, chorreante, con la anchura justa para dejar pasar el cuerpo. Unos por encima de otros, nos pisábamos constantemente las manos, la cabeza; resbalando, tropezando, apestando, como si bajáramos a lo más profundo del infierno. Llegábamos salpicados, magullados, ciegos, con una jornada laboral de diez horas por delante. – Ganaba dos francos con cincuenta a la hora.

¿Como pude aguantar allí doce semanas, yo que era un culo de mal asiento, que apenas podía permanecer doce días en el mismo lugar sin caer en la nostalgia del viaje, de la gran ruta? Siempre con prisas para ir más lejos, de tener que partir hacia alguna parte. Sedito de rebuscar por el mundo, por todos sus rincones, como si temiera de que pudiera desaparecer antes de que pudiera descubrirlo en su totalidad... Sería porque me lo debía estar pasando bien en este salvaje erial de los moros, surgido de entre peludas ramas, de arboledas y de bosquecillos plantados sobre los acantilados que fluían precipitadamente hacia el Mediterráneo. Sin ninguna duda me encantaba el halo de la Isla de Porquerolles reflejándose en el mar como una plaza fuerte en medio de un lago fantástico frecuentada por filibusteros... Las tardes de los fines de semana y los domingos, mientras los demás iban al pueblo ya sea a jugar la partida de la manilla, o a los bolos, o a beber, o a desahogarse follando, yo me iba al bosque que sobresalía encima del estuario a perderme por el monte bajo y los arbolillos, corriendo por los claros del bosque, andando por los senderos, disfrutando de la delicada luz que se filtraba a través del verdor, emocionándome con el rumor indescriptible de las hojas sacudidas por el viento. Era tan diverso en su belleza que, él solo, hubiera podido hallarse en el origen del mundo, este rincón me transportaba a los recovecos de su mosaico, me introducía en la pasión acabada de sus relieves. Estirado sobre la hierba o subido en lo alto de un abeto que se erguía, vertical, amenazando al cielo, pasaba las horas escrutando la azul superficie del mar, descubriendo en el ritmo de su respiración infinidad de relatos, infinidad de narraciones legendarias, esculpidas en los anales del tiempo. Imaginaba intrépidas y audaces faluchas y juncos bucaneros, a sus heroicos capitanes, Morgan y Grammont, Pierre le Long y Marie Read, con el mástil orgulloso, el trinquete y los mastelerillos de juanete al viento, rumbo a la aventura. Con ellos brindaba con copas que sabían a pólvora de cañón, bombardeaba, abordaba, encastaba el metal. Algunas veces, la aparición de un “tres chimeneas” en la línea del horizonte interrumpía mis evocaciones, gigante de los mares más pequeño que una gota en esta inmensidad de agua. Me hubiera gustado estar allí, apoyarme en la borda, navegar hacia lo desconocido y cuanto más lejos, mejor, sin posibilidad de retorno. Me encontraba todavía en la etapa de mis sueños julioverbianos, no podía imaginarme la larga sucesión de años que iba a pasar recorriendo los mares y los continentes, a pisar puertos hasta no poder más.

Había también algo que me retenía en este país: mi determinación de ir a África. Hacía mucho tiempo que deseaba a África, la de sus nombres que suenan como un gong en un templo clandestino, la del derroche de colores más brillantes que el sol y sus hormigas rojas y sus beduinos azules y sus caravanas blancas como Dios. Podía conseguir esta mi África en exclusividad, esta mi África con sus gongs y beduinos y caravanas incluidos, por trescientos francos, me había informado: el tren hasta Marsella, el trayecto Marsella-Argel y provisiones para dos días, total por doscientos francos y aún me quedaban cien francos para cuando llegara., era rico. Necesitaba ahorrar este dinero de la manera que fuera, porque el auto-stop y los largos y rápidos viajes no llegaron hasta más tarde, con la experiencia. Apretando los dientes y la cintura me puse a controlar mis dineros,

controlando cada pieza mientras solamente pensaba en esta África que me estaba esperando al otro lado. Decidí ser vago, avaro, egoísta, apasionado como estaba y deseoso de este continente negro que, evidentemente, solo me esperaba a mi.

Al principio, cuando encontré trabajo en la mina, me había prometido a mí mismo renovarme el vestuario, que buena falta le hacía; pero, evidentemente, ante la nueva perspectiva debía cambiar de plan y comprarme lo mínimo: solo un par de zapatos con los que había hecho el trayecto a pie desde Tulón que se rompían a pedazos. Por lo demás, recortes por todos lados. Suprimí cualquier tipo de despilfarro, renuncié al periódico, a la sesión semanal de cine, a las piruletas (había descubierto algunas que estaban muy buenas, con azúcar candi a cinco céntimos el par). Me apreté también el cinturón en lo referente a la manduca, dejando el menú en su más mínima expresión: pan, mantequilla, té –té, mantequilla y pan. Toda la santa semana lo mismo menos los lunes. Este día, en vez de té, ponía un litro de leche en mi mochila, la leche que había comprado el domingo en el pueblo. Y, para mantenerme en forma, una vez cada quince días me permitía un succulento ragú de cordero o, cuando lo había, uno de esos rabos de buey con col, cuyo secreto guardaba celosamente la dueña de la cantina del pueblo. Una ración completa de mermelada y un café con poco azúcar, me salía por unos seis francos, pero bien se los valía. A este ritmo me encontré al cabo de tres meses hecho un ricachón y a punto de conquistar la Agencia Cook!

Aparecí por Marsella un lunes, sobre las once de la mañana. Habiendo dejado mi maleta en la consigna, bajé las escaleras de la puerta de Saint- Charles y me puse a buscar la compañía Transatlántica. Al mediodía ya estaba en posesión de mi billete y, al día siguiente, a la misma hora, debía embarcar.

Conocía ya Marsella porque había estado allí hacía un año. Sin embargo, me gustó volver a encontrarme en esta ciudad abigarrada, tan singular en su respirar cosmopolita, incomparable con ninguna otra. Volví a ver el puente trasbordador en el “Vieux Port” cual un enorme patíbulo; sus callejuelas tan parecidas a las del viejo Nápoles con sus vinosas banderas de ropa puesta a secar en las ventanas. Reconocí el sitio en el que una tal Agnès con una blusa de color rosa me quitó el sombrero, un precioso “Panamá” comprado aquella misma mañana y desapareció corriendo con todas sus fuerzas. Me acordé de cómo la perseguí, furioso, ignorando estas costumbres llenas de folklore. Pisándole los talones a mi “artista”, había atravesado en tromba una cristalera que me introdujo de golpe en el interior de un café alucinante: de sus paredes colgaban toda clase de pájaros disecados; del techo máscaras de fantasmas, tibias, ratas cogidas por la cola; una cortina de vértebras disimulaba una puerta, de una especie de tripas colgadas entre dos columnas pendían como unas banderolas multicolores. Apercibí a mi muchacha que se introducía con maña por detrás de una cortina, en un reservado y la seguí; al apartar el oropel pude ver, en un rincón, tesa como en estado de éxtasis, una verga gorda como un brazo ¡cubierta con mi sombrero! La chica impedía el acceso, tuve que invitarla a beber para poder recuperarlo... No me lo volví a poner, asqueado como estaba, de haberlo visto encima aquel “instrumento”. Al salir le regalé mi precioso sombrero “Panamá” a un negro que pasaba por allí. Completamente pasmado, se lo puso enseguida y, feliz, empezó a hacer muecas con él delante de los cristales de una charcutería.

Mientras estaba evocando estos recuerdos, alguien se paró delante de mí, me cogió familiarmente por el codo y me susurró:

–Escucha, joven, tengo un negocio espectacular, un reloj de oro. ¿Te interesa?

Me lo quedé mirando. Era joven, tenía como mucho veinticinco años, vestía un traje oscuro y un gabán con tela de gabardina y fieltro gris. Se expresaba con el acento más ortodoxo del país. Hice que no con la cabeza y continué mi camino. Se interpuso y siguió sin parar:

—Verdadero cronómetro de oro, quince rubís, diez medallas, movimiento de anclaje, un joya, una verdadera joya...

Volví a hacer que no con la cabeza. Al momento, pasó su brazo por debajo del mío e hizo como si me llevara; como si fuéramos antiguos amigos. Me decía:

—No protestes, déjame hablar. Escúchame, estás a punto de realizar el mejor negocio de tu vida. No digas que no, en el momento en que tengas este reloj ya verás como cambias de idea. Escucha, vamos a entrar a este café, coges el cronómetro con tus manos, lo examinas atentamente y después me dices qué te parece. Vamos, ven.

Le dije que estaba perdiendo el tiempo, que no tenía dinero y que estaba gastando inútilmente su saliva —¿Crees que tengo la pinta de ser uno de esos que se pasea con un reloj de oro colgando sobre su barriga?

Me miró con insistencia, incrédulo. ¿Acaso me tomaba por alguien con dinero aunque llevara una guerrera de tipo militar, unos pantalones raídos y una cara demacrada de adolescente? ¿O quizás eran mis zapatos nuevos los que le habían impresionado? ¿O a lo mejor se pensaba encontrarse ante un campesino venido del campo con el bolsillo repleto a la búsqueda de una aventura galante? No lo sé. De todas maneras y, considerando que ya estaba maduro, volvió a la carga.

—Precisamente, añadió, irguiendo el dedo índice. Ya veo que no eres rico, vale. Ya me lo puedes decir... Es por esto que me dolería el corazón que otro que no sea tú se aproveche de esta ganga. Pero, ¿te das cuenta? Una pieza de oro, aquí, para llevártela casi por nada, por menos de nada.

Su voz resonaba alterada como bajo el efecto de una gran emoción. Todavía en un tono más confidencial me susurró al oído:

—Para serte completamente sincero debo confesarte que estoy sin un duro, vale... Compréndeme, acabo de licenciarme del ejército y debo regresar a casa, a Lyon, y me veo obligado a vender mi reloj, un reloj de oro, a cualquier precio, compréndelo, a cualquier precio... Entremos en un café, en este o en el de más abajo, aquí todos los cafés están bien. No quiero que te sientas obligado a comprar, nadie te obliga, pero como mínimo dame alguna idea de cómo puedo deshacerme de él... me subirías la moral, y Dios sabe cuánto necesito de que alguien me transmita coraje. ¡A quién se lo vas a contar, vamos! La vida no tiene nada de divertido, de ninguna manera. Pero me doy cuenta de que... juraría que eres relojero... eres muy listo, debes conocer bien el oficio de los relojes, todo lo que tiene que ver con los relojes, ja, ja, ja.

Se rió y me dio unos golpecitos en la espalda. Pero aunque yo era algo inocentón, no quería entrar en se juego.

—Escúchame, le dije ya hartó. No tengo ni dinero ni ningunas ganas de comprar un reloj. No soy relojero y no sé nada de relojes. Y ahora, por última vez te lo digo, haz el favor de dejarme en paz.

—Como quieras, será como quieras, repitió dos veces. Vale, vale, no hablemos más del tema. Pero... podrías invitarme a un café. Todavía no he tomado nada esta mañana...

Esto yo no podía rechazarlo. Sabía demasiado bien, por mi mismo, lo que era tener hambre. Al verle con su cara recién afeitada, su porte aseado, sus manos dulces como las de una muñeca, tan distintas de las mías, me asaltaron ciertas dudas. ¿Pero cómo saber si era cierto?

Entramos en un café de la calle de la República, nos instalamos en una banqueta y pedí dos cafés. Mi compañero bebió el suyo, mordisqueó un cruasán, encendió un cigarrillo y me ofreció otro. Iba yo a pedir la cuenta cuando volvió a la carga:

—No eres de Marsella ¿verdad?

—No, no lo soy.

—¡Ah!, ya veo ¿Eres del norte?

—Pongamos que soy del norte.

–Debes ser cocinero y vas a Niza para la temporada ¿verdad?

–No se te puede esconder nada.

–No te enfades, no hay que avergonzarse por ser cocinero, es un oficio como otro cualquiera. Cuando estaba en el regimiento pelaba patatas, pero ahora soy comercial de seguros. –Mira, hecha un vistazo a esta “pieza”, fijate lo bonita que es...

Colocó sobre la mesa un reloj ancho como una torta, completamente dorado por todos lados que emitía un tic-tac, sonoro, tranquilizador. En el cuadrante podía leerse en un relieve en preciosas letras mayúsculas: “Cronómetro de precisión”. Lo cogí espontáneamente con la mano, como pareciendo interesado.

Se me rompe el corazón pensar que tengo que separarme de él susurró a mi oído. Un regalo de mi pobre madre en mi primera comunión. Si no te molesta voy a abrirlo y juzga tu mismo.

En la cara interior de la carátula, gravada con una talla suave, aparecía la palabra “Metalor” y el certificado. “Quince rubís”, un alineamiento de medallas colocadas en media luna le daba una gran prestancia, un gran valor comercial. Su rodilla contra la mía, el sombrero hacia atrás, aprovechaba para decirme:

–Resorte “Bréguet” de fábrica. Fijate en el movimiento, en el compensador, en el croquis. ¿Y el tambor de ruedas de engranaje? ¡Es un verdadero tambor! Los piñones y los engranajes están todos esculpidos a mano. ¿Te has fijado en esta horquilla, y cómo gira la rueda catalina? Por más que me digas, estoy convencido de que eres un experto.

–¿De verdad que es de oro?

–¿Que si es de oro, desgraciado? ¿Acaso tengo yo la pinta de alguien que lleva un reloj de chatarra?

–Era un buen argumento, y continué:

–Entonces, esta inscripción “Metalor”, ¿qué significa?

–Pues precisamente es la prueba, añadió.

Como parecía que yo no estaba convencido, se apresuró a añadir:

–Evidentemente, se trata de oro americano que es un poco menos puro que el oro francés, pero no deja de ser oro. Así, tal cual, el reloj vale tres billetes como mínimo en cualquier relojería.

Me estaba mirando detenidamente con el índice sobre su “mercancía”. Dejé escapar un silbido de admiración:

–¡No me digas! ¿Tres mil francos? ¿Crees que yo... voy a pagar esta friolera? Tienes un gran sentido del humor. ¿Por qué no se la ofreces a una joyería?

Meneó la cabeza como si le sorprendiera mi estupidez. “Este tipo de gente te roba sin ningún tipo de escrúpulos”. Pero si solo se tratara de esto –decía– se hubiera dejado expoliar porque se hallaba en una situación, ¿como podría decirse? “Cogido por el cuello”.

Ya había pensado en ofrecer su reloj a uno de estos usureros pero lo más seguro es que le exigieran que les enseñara la factura de compra y él no era tan ingenuo como para pensar que su madre le había entregado una factura del regalo... ¿Se le hubiera podido a ella pasar por la cabeza que su hijo se viera obligado a deshacerse de este apreciado recuerdo? ¡Y encima solo faltaría que se le tomara por un ladrón!

Me estaba contando todo esto con una voz entrecortada por suspiros, tamizada por las lágrimas: no, realmente, de ninguna manera hubiera podido presentarse en una joyería. “Tu mismo me lo desaconsejarías si te hallaras en una situación semejante”, decía. Hice un gesto vago con la mano, el gesto de aquel que ha agotado todos los recursos de su imaginación. Pero, de repente, me atravesó la idea de que este reloj había sido, efectivamente robado. Por un momento, el objeto adquiría un carácter completamente particular a mis ojos: no había lugar a dudas de que se trataba de un reloj de calidad. ¿Acaso alguien roba cosas sin valor? Podía tratarse, evidentemente, de un “buen negocio” – como él decía: “una ocasión única...No entendí hasta más tarde que toda la habilidad consista

precisamente en hacer creer al eventual pardillo de que lo que se le ofrece comprar proviene de un robo. –Pero, de todas maneras, no había conseguido despertar mi codicia.

Coloca tus recuerdos a buen recaudo, le dije. Donde nadie te pedirá explicaciones. –Creo que es una buena manera de que puedas conseguir un poco de dinero, añadí diligentemente.

–¿De verdad lo crees? Me dijo vigoroso. Pero enseguida su mirada ensombreció: ¿Estás seguro? Y aunque fuera verdad, no se si podría jamás... sin acabar la frase profirió un suspiro diciendo:

–¡Ojalá pudiera venderla!

–Como te parezca, pero ya sabes... que a mi no me interesa.

–Pero no se trata de que te interese o no, dijo casi gritando. Tienes que aprovecharte de una ocasión rara, excepcional... Se podría pensar que tienes el corazón tan duro como el mármol, este de aquí, indiferente –y, con sus gruesos dedos golpeaba encima de la mesa. Como ya sabes, estoy sin un céntimo, completamente perdido en esta ciudad extranjera... Haber servido a Francia siendo un soldado ejemplar, para llegar a esto... No, tienes un corazón de verdugo ¡No me lo puedo creer! ¿A esto le llamáis solidaridad entre franceses? Dame lo que quieras, me da igual, con tal de que tenga suficiente para volver a casa. Por nada, ya te lo dije, casi por nada.

–¿Qué tal setecientos francos?

–Está muy bien de precio, le dije riendo. Pobre amigo, si solo tengo cien francos.

–Él también se rió afectuosamente:

¡Vaya historia! Vamos a dejarlo en seiscientos. Seiscientos. Mira, dame cuatrocientos cincuenta y no se hable más. Tengo un tren que sale a las cuatro. ¡Qué contentos se van a poner en casa de verme! Solo de pensarlo me pone nervioso. Ya quiero estar en los brazos de mi familia... Va, te regalo la “joya”. ¡Tómala y dame cuatrocientos francos! Si alguien te pregunta cuánto te ha costado no digas nunca menos de dos mil. Si les cuentas la verdad, se reirán de ti, nadie te creerá. Vamos, saca trescientos francos y te metes la “mercancía” en el bolsillo. No es necesario que todos lo vean, que todo el mundo lo sepa. Mira la hora, pero no en el de pared, ahora ya tienes un reloj. Dime, “las tres y veinte” ¡Vas a hacer que pierda el tren! Te hago una oferta de doscientos cincuenta francos, lo que necesito para comer algo y largarme a Lyon. Das la impresión de que te ríes de mí. ¿Dónde tienes el estómago? Y el corazón, ¿dónde está tu corazón? Vas a lograr que pierda el tren. ¡Dios mío! No, no es necesario darle cuerda, con una vez al día es suficiente. Dame tus doscientos francos y así podré coger el tren directo. Si me haces perder el tren, no te lo voy a perdonar en la vida.

Había una presión constante, productiva, que creaba una verdadera psicosis de prisa, una verdadera fiebre de salida. A pesar mío dirigí una mirada al reloj, intentando calcular el tiempo que necesitaría para llegar a la estación, aunque a estas alturas ya no creía ni una palabra de lo que decía. Tenía la pinta de un entrenador de hombres, poseía el don de la persuasión. Había logrado crear a mi alrededor una atmósfera de necesidad, de asentimiento piadoso. El poco sentido crítico del que me hubiera podido enorgullecer, se hallaba completamente dormido.

–Pero, en fin, le dije, eres genial. ¿De donde quieres que saque el dinero? Te vuelvo a repetir que solo tengo cien francos por toda fortuna.

Me creía tan espabilado como él y el hecho de poseerme le excitaba. Me miró profundamente a los ojos:

–¡Te estás riendo de mí! Tienes que saber que a mi no hay quien me la pegue ¿Acaso la gente va por ahí proclamando su fortuna? ¡Y pensar que estoy tan loco como para ofrecer mi cronómetro por solo trescientos francos! De todas maneras ya veo que no eres muy rico.

–¿Cómo? Protesté. ¡Hace un momento me pedías doscientos!

—¡Ah, como eres! dijo admirativamente. Por nada del mundo quisiera ser cliente tuyo. A tus clientes les debes exprimir vivos, no es difícil darse cuenta. Vamos, enséñame el color de tu dinero que solo faltan veinte minutos para que salga mi tren. Vas a tener que pagarme el taxi, añadió.

Se estaba riendo descaradamente de mí y yo no era tan tonto como para no darme cuenta. Le contesté que me daba igual su tren y llamé al camarero. Pero mi hombre no lo entendió de esta manera.

¿Pero esto qué es? ¿Ahora resulta que no quieres mi reloj? Pues mira, te lo regalo, cógelo por nada. ¿Pero qué tienes en lugar de corazón? ¿Una piedra? ¿Mármol? Mézetelo en el bolsillo, que no lo vea más, me molesta a los ojos. ¿Quieres también mi camisa? ¿Mi traje? ¡Vamos, no te cortes! ¡Eres peor que un usurero, te lo juro! Me voy a hacer añicos la lengua para intentar convencer a un hombre sin corazón. Mira, dame cien francos y acabemos de una vez.

Se secaba la frente, miraba desesperadamente la hora y volvía a la carga. Con toda certeza me hubiera colocado su quincalla por tres, cuatro o quinientos francos dependiendo de lo llena que hubiera llevado yo mi cartera. Había llegado a persuadirme de mi mezquindad, de mi codicia y, molesto y avergonzado de tanta discusión, le contesté:

Solo tengo cien francos y comprenderás que no te lo puedo dar todo... esta tarde tengo que pagar la habitación y guardar algo para comer...

Poco faltaba para que le pidiera disculpas por mi pobreza.

—¿Y yo qué? Exclamó, escandalizado por tanta inconciencia. No eres el único, vamos. Se diría que te estoy pidiendo un regalo. El regalo soy yo quien te lo hace. Vamos, saca estos cien francos y me largo, de una vez por todas.

Casi sin fuerzas, le supliqué:

—Déjame por lo menos treinta francos...

Saqué mi cartera y la abrí. Se echó hacia mí con mirada inquisidora, suspicaz hasta el último momento, creyendo que mi cartera estaría repleta de billetes. En el mismo momento que le iba a dar el dinero me pasó por la cabeza que antes había hablado de robo. ¿Y si el reloj lo hubieran robado y pudieran detenerme?

—Dime, le dije, ¿no lo habrás robado?

Todavía no había soltado mi billete. Empezó a hacer grandes gestos:

—¿Cómo que robado? ¿Por quién me tomas? Por Dios, si no tuviera prisa para coger el tren, te ibas a enterar. ¡Con que robado!... Mira por donde, alguien a quien se le ofrece la ocasión de hacer un negocio fuera de lo común y encima intenta ser reacio a esta ocasión. Mira, te voy a dar un consejo de amigo: no te cases nunca, porque te pondrán a menudo los cuernos.

Se equivocó al reírse de mí. Me planté.

—Compréndeme, no quiero tener problemas. Si acaso dame tu nombre y algunos datos más.

—Como quieras, como quieras. Soy transparente como un cristal, no tengo nada que ocultar. A nadie. Ten.

Me dio un vulgar papel con el membrete de un ayuntamiento, demasiado simple a mi parecer. Sin embargo copié el nombre que había escrito, el lugar y la fecha de nacimiento. Luego, intentando jugar mi última carta, completamente disparatada:

—Muy bien, ahora me darás una fotografía tuya. Quiero estar cubierto.

Saltó:

—¡Se diría que me compras entero con tus miserables setenta y cinco francos! Si, pídemme que te enseñe también los dientes. ¿El señor quiere que le lleve mi mujer a su cama?

Estiró la mano:

—Vamos, ¡dame ya el dinero!

–La fotografía.

–¡No llevo ninguna foto! ¿Cómo quieres que fabrique una?

–Ves a hacerte una foto, yo te espero aquí.

Por un momento creí que se me iba a echar encima a base de puñetazos. Pero se contuvo, buscó por sus bolsillos y echó una fotografía sobre la peana:

–Vale, estarás contento...

Esta situación era demasiado fuerte para mí. Menos mal que tuve la precaución de no darle el billete entero porque estoy seguro de que no me hubiera devuelto el cambio. Llamé al camarero, pagué la cuenta y le di los setenta y cinco francos al hombre. Se los puso en el bolsillo, sonrió ligeramente y me dio la mano. A continuación, se animó de golpe y acercándose más a mí, colocó debajo de mis narices un anillo con una soberbia y solitaria piedra.

–Auténtico diamante de Alençon. Doce quilates, una pieza única:

Cogió un vaso de la mesa y lo ralló:

–¿Ves como corta?

Me levanté y salí sin responderle.

Desde el umbral todavía pude oírle:

–¿No tendrás ningún tipo de resentimiento, verdad?

En la relojería en la que entré, le mostré el reloj al hombre que estaba detrás del mostrador.

–¿Sería tan amable de darme su opinión sobre el valor aproximado de esto? Acabo de comprarlo.

Me miró con insistencia, observó el reloj por todos lados, volvió a mirarme, levantó el bonete que llevaba, se rascó un poco:

–¿Y lo ha pagado?

–Sí, setenta y cinco francos.

Lo abrió, echó una ojeada al movimiento de las agujas, y, al intentar cerrar la tapa, rompió el cristal.

–¡Ah! Dijo.

–¡Ah! Dije yo.

Y me devolvió el reloj:

–No ha hecho un mal negocio, como mínimo vale el doble de lo que ha pagado. Me debe tres francos.

–¿Que le debo tres francos? ¿Por qué? ¿Por el cristal que acaba de romperme?

–Por el peritaje, me contestó. Cuando se llevan objetos a peritar, buen hombre, esto tiene un precio y el perito no es responsable de los desperfectos que puedan ocurrir.

Le eché los tres francos encima del mostrador y salí dando un portazo. Una vez fuera me calmé. Como mínimo no me habían robado. Estaba casi orgulloso de mí.

Fui a otra relojería:

–¿Me podría cambiar el cristal?

El relojero cogió el reloj y lo miró:

–No tengo ningún inconveniente pero le voy a cobrar cien perras por el cristal y este reloj no las vale.

A continuación me explicó muy amablemente que llevaba treinta y cinco años dedicado a los relojes, en el mismo lugar, en la misma tienda y era una autoridad en la profesión por lo que no debía tener ninguna duda en lo que me decía.

Cerré con fuerza los puños y salí. Mi primer impulso fue de aplastar el dichoso reloj con los talones, de tirarlo a una alcantarilla, de vengarme de él insultando hasta al más ínfimo tornillo. Tenía la fotografía de aquel canalla, pero ¿era yo una persona de los que se buscan problemas con la policía? ¡Y el otro! que se las arregla para romper el cristal de esta

porquería, que me dice que vale ciento cincuenta francos, sin duda para hacerme tragar la historia del peritaje... Rompí la fotografía, guardé el reloj en el bolsillo pequeño de la chaqueta. —¡Que se muera, el licenciado del ejército!

Algunas semanas más tarde estaba en el puerto de Argel. Era medianoche. Una pesada calma se cernía sobre el espigón en la que solo el chapoteo de las olas contra el dique daba alguna señal de vida. Una calurosa noche sin luna ni viento.

Estaba buscando un hueco. Deseaba con todas mis fuerzas estirarme en no importa qué agujero, en un hueco entre planchas o materiales mientras estuviera al abrigo de miradas indiscretas. Precisamente estaba explorando la parte baja de un montón de troncos de árbol en la me había parecido entrever un espacio que me venía a medida, cuando el haz luminoso de una linterna me cegó: dos hombres, dos polis.

—¿Qué haces por aquí? Me dijo uno de ellos.

Estaba sin domicilio, sin trabajo, sin dinero: la perspectiva de tres meses de arresto por vagabundeo. Ya tenía un trabajo.

—Estoy dando un paseo, tomando el fresco.

—¿Estás embarcado?

—No soy de allá arriba, de la ciudad.

—¿Qué estabas buscando debajo de este montón.

—Nada. Soy una persona curiosa, me gusta pasearme de noche.

—Una persona decente no da paseos a estas horas. Son las doce y media.

—No me diga, ¿ya es tan tarde?

De repente me acordé del reloj que tenía completamente olvidado en el bolsillo pequeño de la chaqueta — ¿Estaría todavía allí? Introduje los dedos: sí, allí estaba... Lo cogí tranquilamente, despacio. Estaba resplandeciente, despedía destellos — oro del más auténtico. Lo miré, marcaba las seis y cuarto. Despacio, con mi voz más tranquila y segura, dije:

—Sí... Casi... Las doce y veinte... Tendré que volver a casa.

Me miraron, se consultaron con la vista, sorprendidos y de repente respetuosos:

—Sí, haría mejor de volver a casa. La noche tiene mala fama por esta zona.

Me saludaron con el dedo en la visera de su quepis y apagaron la linterna. Me quedé oyendo el ruido que hacían sobre el pavimento los pesados pasos de sus botas alejándose en la espesa oscuridad de la noche.